Nuestras propias historias

Relatos de terror III

MINISTERIO
DE EDUCACIÓN





Nuestras propias historias

Relatos de terror

III

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
Lenín Moreno Garcés

MINISTRO DE EDUCACIÓN
Milton Luna Tamayo

VICEMINISTRO DE EDUCACIÓN
Alfredo Astorga Bastidas

VICEMINISTRO DE GESTIÓN EDUCATIVA
Francisco Cevallos Tejada

SUBSECRETARIO PARA LA INNOVACIÓN EDUCATIVA Y EL BUEN VIVIR
Diego Paz Enríquez

DIRECTORA NACIONAL DE MEJORAMIENTO PEDAGÓGICO (E)
Laura Barba Miranda

EQUIPO TÉCNICO
Coordinación editorial: Verónica Vacas Andrade
Consejo editorial: Javier Calvopina Loaiza, Javier Saravia Tapia

EDICIÓN, ILUSTRACIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Medios Públicos - EP

IMPRESIÓN
Medios Públicos - EP

ISBN: 978-9942-22-360-9

Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito, Ecuador

www.educacion.gob.ec

Simbología

Categoría


Estudiante


Docente y personal administrativo


Grupo familiar

Región


Costa


Sierra


Amazonía


Insular

MINISTERIO DE EDUCACIÓN







Promovemos la conciencia ambiental en la comunidad educativa.

ADVERTENCIA
Un objetivo manifiesto del Ministerio de Educación es combatir el sexismo y la discriminación de género en la sociedad ecuatoriana y promover, a través del sistema educativo, la equidad entre mujeres y hombres. Para alcanzar este objetivo, promovemos el uso de un lenguaje que no reproduzca esquemas sexistas, y de conformidad con esta práctica preferimos emplear en nuestros documentos oficiales palabras neutras, tales como las personas (en lugar de los hombres) o el profesorado (en lugar de los profesores), etc. Sólo en los casos en que tales expresiones no existan, se usará la forma masculina como genérica para hacer referencia tanto a las personas del sexo femenino como masculino. Esta práctica comunicativa, que es recomendada por la Real Academia Española en su Diccionario Panhispánico de Dudas, obedece a dos razones: (a) en español es posible <referirse a colectivos mixtos a través del género gramatical masculino>, y (b) es preferible aplicar <la ley lingüística de la economía expresiva> para así evitar el abultamiento gráfico y la consiguiente ilegibilidad que ocurriría en el caso de utilizar expresiones como las y los, os/as y otras fórmulas que buscan visibilizar la presencia de ambos sexos.

Presentación

Los libros de la colección "Nuestras propias historias" son resultado del concurso organizado por el Ministerio de Educación en el marco de la campaña nacional de lectura. Esta convocatoria invitó a la comunidad educativa a relatar anécdotas, recuerdos, leyendas, costumbres y tradiciones de sus familias, barrios, escuelas y más lugares. Permitió compartir los conocimientos y saberes de abuelos y abuelas a través de los relatos de las experiencias que han tenido a lo largo de su vida.

Hoy publicamos los trabajos ganadores e incluimos también una *Guía de mediación lectora* dirigida a docentes que servirá para el fomento de la lectura dentro y fuera de las aulas.

En los libros que tienen en sus manos encontrarán relatos fantásticos, de amor y de terror; leyendas y descripciones de cómo se viven las tradiciones de nuestro país y cuentos que transcurren en la comunidad, la familia o la escuela. Son narraciones que han sido contadas por nuestros abuelos, abuelas, madres, padres, hermanas, hermanos, estudiantes, docentes y más gente que trabaja en nuestras instituciones educativas.

Cada uno de los relatos que aquí se cuentan han sido compartidos desde la palabra oral y la escritura entre toda la comunidad educativa; al leerlos nos conoceremos y acercaremos como comunidad para aprender los unos de los otros valorando la diversidad de conocimientos.

Esperamos que disfruten de esta lectura y que también se animen a contarnos sus propias historias.

Prólogo

La escritura de creación es un misterio. El momento en que alguien toma un bolígrafo y un papel, o está frente al teclado de un computador, se abren las puertas de algo insospechado; nadie sabe en realidad lo que puede ocurrir. La imaginación se pone en marcha, las imágenes nos hacen un cerco, los recuerdos nos caen como en una cascada para envolvernos. Estamos, en esos momentos, en un estado interno mental y emocional en pleno movimiento; una fuerza desconocida nos empuja para sacar a la luz algo que nos pertenece, que nos exige que lo dejemos salir a la claridad del día. Esa es la escritura de creación y la aventura de escribir.

Hay quienes, en un momento de su existencia –desde la adolescencia, en la época de las aulas escolares o más tarde–, eligen ese camino con un entusiasmo singular, movidos por una sensación interna que no puede ser descrita con facilidad. Lo único que saben es que se trata de un impulso que les lleva a escribir y crear un mundo que antes no existía ni en el papel ni en la pantalla. Ese es el misterio de la escritura.

Con esto no solo me refiero al trabajo que hacen los "escritores profesionales", hombres y mujeres, que han creado literatura y publicado libros como parte del oficio constante que tienen en su vida. No. Me refiero a que la posibilidad y las ganas de escribir están guardadas en cada uno de nosotros. Para muchos, la lectura de libros es el gran estímulo para escribir también. Unos han leído poco, y otros están intentando introducirse en el mundo que describen los libros que están en sus manos. La literatura (los

cuentos, las novelas, las tradiciones y leyendas escritas) no solo está para ejercitar el razonamiento y comprender el contenido de las narraciones, sino también para sentir con nuestro corazón lo que otros nos cuentan; por ello a veces nos hacen reír, nos ponen contentos, hacen que se nos escapen unas lágrimas (o al menos se nos hace un nudo en la garganta), o nos dejan pensando un rato.

Siempre creí en las capacidades y las ganas de escribir que tienen las personas que forman parte de la comunidad educativa: estudiantes, docentes, y también madres y padres de familia. Solo necesitaban una oportunidad, un empujoncito.

Al inicio, cuando en el Ministerio de Educación se planteó esta propuesta, muchos dudaron que el programa "Nuestras propias historias" pudiera dar resultados cuantitativos altos. En un principio tal vez se lo veía como un proyecto un poco soñador, que pretendía convocar a un gran desafío a la comunidad educativa del país. Por ahí incluso escuché decir: "pero si la gente ni siquiera lee, va a ser muy difícil que se ponga a escribir".

Sin embargo, no ocurrió así. Esta propuesta ha revelado algo que va más allá de la estadística o del cuadro de alcance de metas cuantitativas. Esto es un resultado concreto en términos educativos y culturales. Al interior de la comunidad educativa, la cifra final de 3 729 participantes —entre estudiantes, docentes, personal administrativo, madres, padres, abuelas y abuelos de todo el Ecuador, en unas provincias más que en otras— nos reveló que las personas tienen interés por narrar lo que les ha sucedido, lo que han escuchado o lo que han inventado también. De este gran total, para la publicación se seleccionaron más de ochocientas narraciones que tratan una gran variedad de temas: artes, oficios, profesiones y pasatiempos; leyendas y tradiciones; realismo social; relatos de amor, de terror o fantásticos; o historias de la comunidad, la familia o la escuela.

Este programa de escritura y lectura —originado en el sistema educativo y que tuvo el total apoyo e impulso del ministro de Educación Fander Falconí, durante su gestión— aportará al reconocimiento de la historia, la cultura y la identidad de nuestros pueblos, y será una fuente de investigación importante para estudios académicos (antropológicos y sociológicos) sobre la cultura e historia local y regional, de la población urbana y rural de todo el país.

La amplia gama de narraciones publicadas en los libros que conforman esta colección representa el primer fondo editorial construido en el Ecuador por los propios miembros de la comunidad educativa, que se convierten en creadores, investigadores y difusores de la cultura local y regional. Cada historia aparece con la información de cada autor, lo cual afirma el reconocimiento concreto de su aporte personal a este programa educativo de escritura, lectura e investigación.

Esta gran colección de narraciones se encuentra distribuida en todo el sistema de bibliotecas educativas y comunitarias a nivel nacional. Su entrega a los centros educativos estuvo acompañada de una guía pedagógica que orienta, dentro del aula, el uso metodológico de estos libros, ahora considerados una fuente importante de lectura e investigación del país diverso que tenemos. Esta diversidad está presente en cada una de "Nuestras propias historias".

LUIS ZÚÑIGA
Escritor y creador del Programa "Nuestras propias historias".

Índice

La mala muerte 11
JUAN VLADIMIR CEPEDA

Las velas encendidas 13
JURITZA JURISBETH DICADO

El paso de la muerte 15
ÉDISON NAVARRETE

La historia de Lucía 19
JEFFERSON MAURICIO NEPAS

Relato de la dama tapada 23
MARÍA ESTHELA NARANJO

La bóveda 27
MARÍA JOSÉ RODRÍGUEZ

Venciendo el miedo 30
KEVIN DAMIÁN CHALACÁN

Terror indescriptible 33
JANDRY CABEZAS

Creencias 37
ZOILA VIVIANA CHICO

El susto de mi vida 40
PABLO ARTURO FLORES

El misterio de la caja musical 43
MARÍA BELÉN QUEZADA

La caja del diablo 48
NAYELI NICOLE SHIGUE

La misteriosa vida de María 52
DAYANNA MICHELLE CALDERÓN

La lápida 55
MARÍA JOSÉ RODRÍGUEZ

Espíritu indio 58
ERICK STEVEN PASQUEL

La cruz de la esquina 61
BELÉN CUMANDÁ LANDÍVAR

Detrás de tu mirada 64
ANAHÍ DEL CARMEN VELÁSTEGUI

Pescadores de la noche 69
BYRON EDUARDO YAGUAL

Reto fallido 71
RICARDO STIF BOLAÑOS

Pesadilla negra 74
ADRIANA MARISOL SHAIGUA

Momentos 76
JORDY STALYN CHAFUEL

Cuadros 79
INGRID PARDO

El pailón de la quebrada 82
LIBA NARCIZA IPIALES

La Hacienda Santa Ana 87
TATIANA BRIGITH RAMOS

El sueño de ayer 90
MARILYN NAYELI TORRES




JUAN VLADIMIR CEPEDA
nació en Gahuijon, Chimborazo, en 2002. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe San Guisel Alto. Su actividad favorita es la música.

La mala muerte

Un día, mi abuelito salió a cosechar cebada en el sector del molino. Se fue a las 7:00 de la mañana y cosechó todo el día, ensacó dos quintales llenos. Ya en la tarde, llevó la cebada al molino de Mancheno San Virgilio, para hacer la máchica. Había mucha gente esperando para moler, así que se le hizo muy tarde. Cargó en su caballo dos costales de máchica y empezó su regreso a casa. En aquella época, no había carros ni buenas carreteras, entonces, el camino era por un chaquiñán. Cuando llegó a la loma de San Rafael Alto, el caballo empezó a jalar hacia el otro lado del camino,



estaba asustado, parecía que presentía algo. Mi abuelo salió del camino y empezó a caminar junto a su animal. De pronto, vio a un señor vestido de rojo, tenía cola y dos cachos grandes; llevaba una espada que tenía clavada en la punta un corazón que chorreaba sangre, aún estaba latiendo.

Mi abuelito vio pasar a la mala muerte y se quedó paralizado de terror. Los perros comenzaron a aullar y, en la comunidad de Gahuijon Bajo, se podía escuchar a las personas gritar que había fallecido el Señor Emilio Guacho. Se presume que la mala muerte estaba llevando el corazón del Señor Guacho. Entonces, mi abuelo cuenta que si su caballo no lo hubiese hecho salir del camino, la mala muerte también lo hubiera llevado.

JURITZA JURISBETH DICADO
nació en Guayaquil, Guayas, en 2002. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa General Vernaza. Su actividad favorita es leer historias.

Las velas encendidas

Una noche de verano, estábamos regresando de un velorio con mis padres y mi tío; de repente, algo nos llamó la atención mientras pasábamos por el Cementerio de Vernaza. Vimos una vela encendida y cómo se iban prendiendo otras más. Nos asustamos, porque a esa hora no había nadie en aquel lugar. Seguimos caminando y, cuando volteamos, las velas se habían apagado. Nunca habíamos visto algo así, entonces nos llevamos un enorme susto.



Llegamos a la casa y nos fuimos a dormir. De pronto, escuché pasos en la sala. Me levanté de la cama y salí de mi habitación. Alcancé a ver una sombra masculina que me miraba fijamente, pero desapareció al instante. Volví con temor a mi cuarto y, aunque me costó un poco, logré volverme a dormir.

A la mañana siguiente, les conté lo sucedido a mis padres y ellos me dijeron que siempre se ha dicho que hay una apariencia sobrenatural por los alrededores de la casa. Mi tío me contó que, una vez, él estaba en una casita en los desmontes y se le apareció una mujer de blanco. Era una novia suya que había muerto mucho tiempo atrás. Él salió corriendo del lugar, pero ella lo siguió. Cuando llegó a su casa, mi abuelita le preguntó qué le había pasado y él le dijo que había visto un fantasma.

Si lo extraño e inusual puede suceder en los sueños, para mí solo fue uno; entonces, mi vida sigue igual.




ÉDISON NAVARRETE
nació en Cuellaje, Imbabura, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Cuellaje. Su actividad favorita es editar videos.

El paso de la muerte

Hace mucho tiempo, cuando las casas aún no tenían luz eléctrica, sino que se alumbraban por velas; cuando las calles solían estar deshabitadas; cuando el sol se ponía y los lugares más lindos de visitar se volvían un tormento; cuando las enfermedades rondaban y atacaban a cualquiera, sin importar quién era o su clase social, si era importante o no, la muerte llegaba en el momento menos esperado.



Hace ya 90 años, en un pueblo llamado Cuellaje, habitado por gente muy trabajadora y por mujeres que amaban y cuidaban a sus hijos, en especial a los recién nacidos, el mayor anhelo de las madres era ver y abrazar a sus hijos, criarlos con gran amor y darles buena educación, mirarlos crecer y ser personas de bien. Sin embargo, no todas podían cumplir este sueño.

En 1927, una mujer se enteró de que estaba esperando un hijo; recibió la noticia con mucha emoción, ya que quería cumplir su sueño de ser madre. Ella cada día miraba su vientre esperando que creciera y poder sentir a su bebé moverse; soñaba con las primeras señales de vida, porque era su primer hijo. Todos en el pueblo le felicitaban, en especial, las mujeres que ya eran madres y sabían que tener un hijo era lo más lindo que le pudiera dar la vida.

Pasaron los meses y miró cómo su hijo crecía dentro. Ella sentía un amor muy grande y quería que su niño ya naciera, para

tenerlo en sus brazos, quererlo mucho, consentirlo, ponerle un nombre y llevarlo a pasear por todo el pueblo. En la cabeza de la madre, pasaban miles de planes hermosos para el pequeño.

Un día, un señor mayor llegó a la casa de esta familia en busca de trabajo como agricultor, como necesitaban ayuda en el campo, lo contrataron. Él empezó inmediatamente y ese mismo día llegaron los dolores de parto para la emocionada mamá. La mujer dio a luz y todos estaban pendientes del recién nacido.

Pasaron cuatro días y el niño empezó a presentar síntomas extraños, poco comunes: fiebres altas y enrojecimiento del cuerpo. La madre no pudo ayudarlo, porque no sabía nada de curar a un niño enfermo. De pronto, su esposo llegó conmocionado porque el nuevo trabajador se había desmayado y también tenía fiebre alta, ¡tenía los mismos síntomas que el bebé! El esposo fue a buscar ayuda y trajo a personas que sabían del tema. Examinaron al niño, que estaba con su madre, y al trabajador, que estaba en la casa de atrás. A las 12 p.m., a ambos empezó a faltarles el aire y, de pronto, se escuchó un llanto perturbador... Era la madre que acababa de perder a su hijo. El trabajador también había muerto y los expertos no habían podido hacer nada.

Por las calles del pueblo, se escuchó un caballo y a alguien que arrastraba algo metálico, que hacía un sonido horroroso. Los vecinos salieron a mirar por las ventanas y muchos alcanzaron a ver una silueta cubierta con una manta negra, que tenía la cara de esqueleto; iba montada en su caballo y llevaba con ella las almas del bebé y el trabajador. La gente espantada supo que la muerte había venido por ellos.

La madre desconsolada miró cómo su hijo se alejaba; en ese instante, todos sus planes fueron destruidos en mil pedazos. Aunque nadie volvió a hablar de aquel aterrador asunto, la

madre no volvió a ser la misma; salía cada noche a las 12 p.m., con la esperanza de volver a ver a su pequeño y se dice que, en las noches sin luna, aún se oye pasar al caballo por la avenida principal de la parroquia de Cuellaje.




JEFFERSON MAURICIO NEPAS nació en Cayambe-Olmedo, Pichincha, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa José Joaquín Olmedo. Su actividad favorita es el fútbol.

La historia de Lucía

En el año 2000, una niña nació en una humilde casa, ubicada en el rincón de un pueblo. La llamaron Lucía. Ella lloraba intensamente, sin parar; los padres asustados —como era muy común— la llevaron para que le hicieran una limpia del mal aire, pero Lucía seguía llorando. Cuando cumplió siete años, los padres desesperados decidieron llevarla a la ciudad, para que algún médico la ayudara. Pensaron que todo iba a pasar, pero, cuando se dieron cuanta, ya era demasiado tarde.

La mamá notó un día que la niña salía a las 12:00 a.m. y regresaba a las 3:00 de la madrugada. Angustiada, le preguntó



por qué lo hacía y Lucía decidió contarle que veía fantasmas, a los muertos... La mamá no le creyó y pensó que era un juego; pero, al pasar el tiempo, la pequeña fue empeorando. Tenía intensos dolores de cabeza, visitaron diferentes doctores, le dieron varias medicinas, pero nadie sabía qué pasaba con ella.

Un día, toda la familia salió a pasear al campo y se tomaron muchas fotos para tener de recuerdo. Al regresar, se sentaron a ver las fotografías de ese día y, en una, había un fantasma detrás de Lucía, que le tocaba el hombro. Los padres se dieron cuenta de que ella decía la verdad. Entonces, se sentaron con la niña para preguntarle qué era lo que veía. Ella contó que veía muertos, que los fantasmas no son tibios ni calientes y que se comunicaban raspando las ventanas. También, dijo que había conocido a un hermoso niño, al que le encantaba jugar con ella, y a un chico de aproximadamente de dieciocho. El chico

le había dicho a Lucía que no sufriera más, porque pronto se terminarían sus preocupaciones. En ese entonces, los padres de la niña se estaban separando; el joven le dijo que su papá se iba a ir de la casa y que todo iba a mejorar.

Lucía se fue a vivir a la ciudad solo con su mamá, pero fue lo peor que pudieron hacer. Todo se intensificó: los dolores de cabeza, las salidas en las noches, continuamente escuchaba que le hablaban al oído y sentía que le tocaban la cabeza con un dedo afilado. Una noche, la mamá sintió que Lucía salía de la casa y la llamó a gritos para que regresara a la cama; entonces, le preguntó adónde iba en plena noche y la pequeña respondió que salía a jugar con el niño. La mamá sabía que era un fantasma y que este nuevo amigo de su hija nunca la dejaba sola.

Lucía también le contó a su mamá que veía un hermoso duende; era un hombrecito pequeño y verde, con un sombrero grande y zapatos bien pequeñitos, con una voz gruesa, que le tocaba sorpresivamente el hombro o le jalaba del cabello. La madre, aunque no entendía qué era exactamente lo que pasaba, luchó mucho por la salud de Lucía, porque solo empeoraba. Entendió que el duende la quería llevar, entonces, se le ocurrió quemar sahumerio. La niña, ante el olor, empezó a gritar, tosía mucho y solo quería que su madre sacara eso de la casa. Al parecer, el sahumerio fue una mala idea, porque todo fue de mal en peor. Lucía sentía que le jalaban de los pies, le topaban por todo el cuerpo, los dolores eran aún más intensos y, en las noches, no podía dormir. La madre lloraba mucho, sin saber qué hacer.

Al cabo de tres meses, una mañana algo extraño pasó. Eran como las 11:00 a.m. y Lucía estaba sola en casa. Oyó que tocaban la puerta y, cuando la abrió, no había nadie. Al entrar, encontró

todos sus cuadernos botados en el piso. Muchos días, cuando regresaba del colegio, todas sus cosas estaban regadas, como si hubiera pasado un huracán. Aunque la mamá de Lucía hizo todo por ayudarla, el duende se la llevó, una noche la pequeña salió de la casa y nunca más regresó.




MARÍA ESTHELA NARANJO
nació en Píllaro, Tungurahua, en 1959. Actualmente es ama de casa. Su nieta Micaela Rodríguez estudia en la Unidad Educativa Ambato.

Relato de la dama tapada

Cuenta la leyenda que la dama tapada se aparece a los hombres que se encuentran solos en la carretera. En este relato, conoceremos la historia de Mario; no es una ilusión, sino que en realidad ocurrió. Mario vivía en Píllaro. Era un chico muy atento y carismático. En su manzana, vivía toda su familia: tías, tíos, primos y sus amigos del colegio. Un día le invitaron a una fiesta en Ambato y él estaba muy emocionado, porque allí estaría la chica



que le gustaba. Entonces, se puso sus mejores galas y se perfumó con la colonia que le había regalado su abuelito. Cuando ya era hora de salir, le pidió a su padre que le prestara el carro para ir a la reunión; su padre aceptó, pero con la condición de que no tomara alcohol, puesto que sería muy peligroso regresar a la casa ebrio. Mario aceptó y estaba convencido de que se negaría a beber toda la noche, porque le desagradaba mucho ver cómo sus amigos se comportaban cuando estaban borrachos. Salió de su casa en el carro y recogió a un amigo en el camino.

En la fiesta, el ambiente se comenzó a poner cada vez más agradable, unos comenzaron a bailar, otros reían y cada quien empezó a divertirse. De repente, alguien captó la mirada de Mario; ese ser, a quien tanto admiraba y quería, entró por la puerta delantera. Luciana estaba con un vestido rojo y el cabello suelto, con ondas que caían sobre sus hombros. Él quedó ensimismado

en sus pensamientos, pero alguien tropezó con él y lo hizo volver rápidamente a la realidad. Sus amigos le aconsejaron que le declarara su amor; entonces, él esperó la oportunidad perfecta para confesarle todo lo que sentía a la chica de sus sueños.

Mario se acercó muy tímido a Luciana y quiso entablar una conversación; sin embargo, tartamudeaba y pasó un mal momento frente a ella. Cuando estaba a punto de irse de su lado, él reaccionó y dijo: "Luciana, eres el amor de mi vida, me gustas mucho y desearía que fueras mi novia". Ella, sin pensarlo dos veces, rechazó a Mario y le pidió que no se acercara nunca más. Desconsolado, corrió a la mesa de las bebidas y comenzó a tomar descontroladamente, hasta no poder casi levantarse. Estaba tan desilusionado y ebrio que salió de la fiesta sin avisar a nadie y se subió en el carro de su papá; había olvidado la promesa que le había hecho y comenzó a manejar. Salió de Ambato y subió por las montañas hacia Píllaro. En el puente del río Culapachan, vio a una mujer vestida de negro, que llevaba un velo; ella le hizo una señal para que parara y le pidió que la llevara hasta la entrada del pueblo. Mario, borracho, aceptó sin dudarlo.

La mujer empezó a hablar y, al verlo tan desilusionado, le aconsejó terminar con su vida, para que aquella mujer que lo rechazó sintiera pena y viviera mortificada por provocar su muerte. Mario, embobado, solo asentía a lo que la mujer le decía. Cerca de llegar, ella insistió en que se lanzara al abismo más cercano. Antes de despertar del trance en el que se encontraba, él escuchó una voz que le decía: "la fe de tu madre te ha salvado". Cerca del abismo y antes de caer, la mujer se quitó el velo y mostró su cara huesuda: ¡era una calavera con velo! Impactado, despertó y se bajó del carro por el susto que le había causado la dama tapada. Aturdido por lo que acababa de pasar, llamó a su padre, quien acudió hasta allí, pero Mario perdió la conciencia.

Cuando despertó, comenzó a llorar y corrió a abrazar a su madre. Ya calmado, Mario contó la historia y repitió la frase que había escuchado: “la fe de tu madre te ha salvado”; gracias a ella, él estaba vivo.




MARÍA JOSÉ RODRÍGUEZ
nació en el recinto Engabao, Guayas, en 1998. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Cacique Tumbalá. Su actividad favorita es leer.

La bóveda

Siempre he creído que el diablo y los espíritus malignos no existen. Pero, un día que estaba de visita donde mi abuelita, mi tía empezó a tener cambios extraños, a ver cosas.

Veía a un señor grande, montado en su caballo, con un sombrero, que le pedía que le llevara un niño. Nadie entendía qué pasaba, hasta que su esposo contó que un día habían salido por la noche rumbo al cementerio, habían estado en la tumba de mi abuelito y ahí habían escrito: “Te extraño, papá, llévame contigo porque te extraño mucho”. “De ahí empezó todo”, dijo él. No

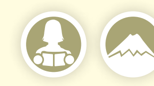


sabían qué hacer porque cada día empeoraban las cosas. Mi tía veía personas muertas que la visitaban, y animales grandes que le decían adónde ir y qué hacer.

Cierto día mi familia decidió llevarla a la iglesia, donde el padre le dijo que estaba poseída por un demonio. El sacerdote decidió hacerle un exorcismo para sacar al demonio pero no pudo, y las cosas empeoraron. El padre dijo que había algo que le impedía sacarlo, así que todos decidieron buscar entre sus cosas. Buscaron, buscaron, buscaron, hasta que al fin lo encontraron. Era un diario que contenía fotos con nombres y apellidos, y lo que le iba a pasar a cada miembro de mi familia. El día que encontraron el diario empezó a suceder lo que estaba escrito. Primero fue mi tío, que comenzó a ver lo mismo que mi tía. El mismo día le llevaron a la iglesia y el padre expulsó al demonio de él.

Al siguiente día todo empezó de nuevo, pero esta vez fue con mi hermano y fue diferente. Él se sentó a ver la televisión y de un instante a otro se quedó dormido. Cuando despertó, lo que hizo fue gritar y buscar a mi primo, porque el demonio quería que lo matara sin que nadie le viera. Pero ya todos estaban preparados para otro suceso, así que a él también lo llevaron a la iglesia. El padre les preguntó si habían encontrado algo, porque todo seguiría empeorando si no hacían nada. Ellos le contaron que había un diario con fotos, nombres y apellidos, y lo que le pasaría a cada miembro de mi familia. Le mostraron el diario y él les recomendó quemarlo, porque si no, las personas nombradas morirían; ya iban dos intentos y el último no fallaría.

Ellos volvieron a casa y quemaron el diario. Mientras lo hacían, decían: "Al fin terminó todo esto". Pero no fue así, pasó el día y otra vez empezó lo mismo, ya no con cualquiera de la familia, sino solo con mi tía, que aún sostenía al demonio en su interior. Ya no sabían qué hacer, se pusieron a pensar y recordaron lo que el esposo les había dicho: que habían ido al cementerio en la noche y habían escrito en la tumba de mi abuelito. Entonces fueron donde el padre y le contaron lo de la bóveda escrita. Él les dijo que fueran al cementerio a la misma hora e intentaran borrarlo con lo que fuera. Luego de despintar la lápida todo volvió a la normalidad. El demonio se fue sin hacer daño a nadie, aunque quedamos con dudas sobre por qué pasó todo eso.



KEVIN DAMIÁN CHALACÁN
nació en San Isidro, Carchi, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa San Isidro. Su actividad favorita es el fútbol.

Venciendo el miedo

Cuántas personas no anhelarían residir en el lugar donde yo vivo. Está alejado de la parroquia y allí se disfruta aún de aire fresco y puro; la gente se despierta con el trinar de las aves, y la tranquilidad y la belleza del paisaje me han fascinado siempre. La única dificultad que he encontrado es que, cuando llega la noche, la oscuridad me produce terror, algo normal en un pequeño niño.

Pero el tiempo ha ido transcurriendo y ahora me encuentro en una edad en la que los juegos y las reuniones entre amigos son mi prioridad. Siempre acudo al caserío más cercano para estar con mis primos y amigos, pero intento regresar antes del anochecer, ya que tengo que atravesar una larga quebrada para llegar a mi casa. La gente dice que allí ocurren cosas misteriosas, pero mi madre siempre me repite que son puros cuentos.

Un día, el juego y la tertulia se pusieron muy interesantes y, cuando me di cuenta, ya estaba anocheciendo. Todos empezaron a despedirse, para irse a sus hogares, y yo me quedé absolutamente solo, pensando cómo regresaría a mi casa.

Empecé a caminar por aquel camino solitario y mi única compañera era la Luna. Solo se escuchaba el ladrido de unos perros a lo lejos y el silbido del viento, que parecía agitarse al igual que mi corazón; sentía que palpitaba con más rapidez al tiempo que me iba acercando a la quebrada. El miedo se iba apoderando de mí.

Me quedé parado un largo rato recordando todo lo que escuchaba de mis abuelos. La espesa vegetación que se elevaba de lado a lado formaba una especie de arco en aquel callejón que descendía a la quebrada, era lo que más miedo me producía. Pero, de cualquier forma, tenía que llegar a casa. Me armé de valor y empecé a caminar. A cada paso que daba sentía un ruido que me estremecía el cuerpo; paraba, luego seguía y nuevamente el ruido, al fin me di cuenta de que eran las hojas secas que sonaban cuando las pisaba.

Poco a poco, avancé y parecía que ya estaba en medio camino. En un momento inesperado, sentí que algo se acercaba hacia mí, era como el galope de un caballo. Los pelos se me pusieron de punta, lo único que hice es pararme a un lado del camino y esperar a lo que viniera. En efecto, era un caballo con su jinete, que pasó por mi lado tranquilamente. Debe haber sido alguien que venía de rodear a sus animales o ya se retiraba de su jornada de trabajo, pensé.



Al saber que no era algo del más allá, me di valor para continuar con más rapidez y, en cuestión de unos segundos, sentí que ya estaba al otro lado. Me quedé sentado un momento y me di cuenta de que estaba tiritando, no sabía si era por lo que acababa de vivir o por el miedo de llegar a casa, porque salí sin el permiso de mis padres.

Para completar, mientras pensaba qué excusa daría, sentí que algo venía corriendo, pero pasó por encima mío. Era mi fiel amigo, mi perro, que venía a mi encuentro, a rescatarme de aquella pesadilla.

Esta fue la primera de las tantas escapadas, pero aprendí que mi madre tenía razón, son puros cuentos lo que los abuelos dicen y el miedo lo he ido dominando poco a poco.

JANDRY CABEZAS
nació en Quinindé, Esmeraldas, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Padre Miguel Gamboa. Su actividad favorita es practicar fútbol.

Terror indescriptible

Este acontecimiento nos dejó atónitos e intrigados a mi familia y a mí hasta el día de hoy. Todo comenzó en mi antigua y desgastada casa. Un viernes por la madrugada, me levanté inusualmente porque escuché extraños sonidos, parecían pasos y voces de personas que provenían de la bodega. Intenté escuchar con atención lo que balbuceaban, pero cuando acerqué mi oreja a la pared, las voces callaron y sentí un silencio abrumador. Minutos después, me acosté para intentar dormir y lo logré. Decidí no contarle a nadie sobre lo sucedido.



En la mañana, como a las 6:00, me alisté para ir a la escuela, pero la curiosidad me mataba por saber quiénes eran los que balbuceaban por la noche. Me acerqué torpe y disimuladamente a la bodega, pero no encontré absolutamente nada. Entonces, escuché que mi madre me llamaba para desayunar.

Durante el día en la escuela, tenía la sensación de que todo había sido un simple sueño, no quería pensar en las voces y debía poner atención a clases. En la hora de recreo, hubo un disturbio con unos chicos, a los que les habían picado unas hormigas porque estaban peleando. En eso, me di cuenta de que unos niños estaban contemplando la punta de la montaña; estaban aterrorizados por una misteriosa figura que los observaba desde arriba. Llevaba ropa negra de pies a cabeza y tenía unos ojos rojos flameantes. A su derecha, se encontraba un perro en posición de ataque y a su izquierda una enorme serpiente, también preparada para atacar.

Nadie sabía con certeza quién era aquel hombre. Asustado, fui corriendo a llamar a un adulto, para ver si nos daba una respuesta sobre qué era lo que veíamos en la punta del cerro.

Minutos después, la misteriosa figura comenzó a balbucear algunas palabras: “Recuerden niños, uno nunca está solo, siempre hay alguien observando. Recuerden niños, uno nunca está solo, siempre hay alguien observando”. Una maestra, aterrorizada, nos condujo hasta un aula para tranquilizarnos. Todos teníamos tanta curiosidad que decidimos ir a ver si la figura seguía allí al final de las clases. Como nos lo imaginábamos, no la encontramos, pero estábamos muy equivocados al pensar que había desaparecido.

Estábamos jugando cuando nos dimos cuenta de que alguien nos observaba a lo lejos. En lo alto de otro cerro, notamos que había una cabeza en forma de vaca, con unos ojos iguales a los de la misteriosa figura. Nos tomó un poco de tiempo notar que no era una vaca, sino que era la mismísima figura de antes. Sentí terror invadiéndome, no podía moverme en ese momento. Unos compañeros tuvieron que llevarme hasta mi casa, ya que no podía hablar ni caminar completamente solo. Sentí que esa figura se fijó solamente en mí.

Solo en mi casa, sentía inseguridad y mucho miedo. Tenía la sensación de que alguien me observaba. En ese instante, se me vino a la mente una idea estúpida: volver a la escuela para ver si la figura seguía en la montaña. Cuando llegué, se había desvanecido. Entonces regresé a mi casa, algo más tranquilo. De tanto pensar, me quedé dormido profundamente por unas horas. De pronto, tocaron con mucha fuerza la puerta y yo pegué un salto. Salí a ver quién era, pero me quedé atónito y conmocionado porque no había nadie allí. “Tranquilo, es mi imaginación”, me dije para intentar convencerme de que todo estaba bien. Regresé a la cama y escuché que nuevamente golpeaban la puerta. La sangre se me

heló, pero era mi madre que había llegado de trabajar. Pensé más de dos veces en contarle lo que me había sucedido, pero no me atreví a decir ni una sola palabra sobre los extraños acontecimientos.

A medianoche, salí como muchas veces a ver las estrellas. Aunque el patio estaba iluminado por la luz de la luna, sentí mucha inseguridad de estar afuera de la casa. Nunca había tenido tanto miedo como en ese momento, mis brazos y piernas se inmovilizaron. Inmediatamente, sentí que me estaban observando y me percaté de que se trataba de la misteriosa figura, pero no estaba acompañada por sus bestias. Me habló y escuché claramente lo que decía la misteriosa figura: “Hay cosas que no se deben tocar, hay cosas que no se deben saber y cosas que no se deben ver. Recuerda nunca estás solo, siempre habrá alguien observando”.

Me quedé desconcertado, solo tenía ganas de salir gritando, pero un miedo inexplicable me invadía. La misteriosa figura se alejó lentamente, hasta que desapareció en la oscuridad.




ZOILA VIVIANA CHICO
estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Honduras.

Creencias

La siguiente historia está basada en las creencias de mi familia, que proviene de Bolívar, de un lugar llamado Puñahua. Me la contó mi mamá hace ya varios años.

Cuando ella era aún una niña, vivía en el campo y siempre salía con sus hermanos hasta muy tarde por la noche, porque debían recoger a los animales que estaban lejos de la casa. Un día, como de costumbre, salieron a cumplir con su tarea, pero al llegar al lugar se percataron de que algunos no estaban donde los habían dejado en la mañana. Entonces, decidieron dividirse



para buscarlos. Mi mamá y dos de sus hermanos fueron por los animales perdidos, mientras que los demás debían llevar a los que quedaban de vuelta a la casa.

Después de mucho rato, encontraron a los animales al otro lado del río; esto los desconcertó mucho, ya que las aguas eran demasiado traicioneras incluso para las personas. El hermano mayor se percató de la presencia de una figura encapuchada, que se encontraba en medio del río, y se sintieron desesperados. De la impresión, se quedaron inmóviles y sin poder hablar. Vieron cómo la figura se acercaba y el mayor de los hermanos se desmayó. Mi madre reaccionó y trató de ayudarlo, porque estaba siendo atacado por aquella presencia. En aquel momento, recordó lo que sus padres le habían advertido: "¡Tienen que tener cuidado! Cerca del río existe un espíritu muy peligroso, que roba las almas de las personas". Ella se dirigió al espíritu, decidida a encararlo, pero este huyó del lugar.

Mi madre corrió hacia la casa, para contarles a sus padres lo sucedido. Ellos salieron rápidamente, para pedir ayuda a sus familiares. Pronto, todos se encaminaron hacia el lugar donde se sabía que estaba aquel espíritu. Al amanecer, cuando llegaron sus padres, mi mamá preguntó cómo rescataron a su hermano y mis abuelos solo dijeron: "No te preocupes por eso, solo te diremos que nunca más se pongan en peligro de esa forma".




PABLO ARTURO FLORES
nació en Naranjito, Guayas, en 1980. Trabaja en la Escuela de Eduación Básica Cinco de Octubre. Su actividad favorita es educar.

El susto de mi vida

Esto me sucedió hace muchos años atrás, cuando tenía 13 años. Estaba con mi tío David; los dos estudiábamos juntos y teníamos que viajar todos los días hasta el cantón Naranjito, ya que vivíamos en el campo, en el recinto Rocafuerte. Asistíamos al colegio de esa localidad, en jornada vespertina, desde las 11:00 a.m. hasta las 8:00 p.m. Salíamos en una sola bicicleta —que por cierto era de mi papá, mi abuelo se la regaló en su cumpleaños hacía muchos años, era una reliquia— y la dejábamos encargada en el recinto San Francisco; desde allí, tomábamos el bus que nos llevaba al colegio.



Un día, como siempre, salimos algo apurados y dejamos la bicicleta encargada hasta la noche. Ya de regreso, estaba muy oscuro, entonces sacamos una linterna pequeña y empezamos el trayecto a casa. Como el camino era largo, nos turnábamos para pedalear y, cuando le tocó a mi tío, lo hizo de manera acelerada, mientras yo le decía: “algo parece que nos viene siguiendo, está tenebrosa la noche”.

Cerca de llegar, de manera inesperada, algo se atravesó en nuestro camino y nos impactó, entonces, yo quedé tirado en la carretera junto a la bicicleta, golpeado y aterrorizado. Mi tío David salió volando y cayó en una zanja; asustado, gritó: “Oye, Pablo, ¡me lleva!”. Su pie había quedado enredado en el cabo de un burro, que había estado atado cerca de ahí. El burro también se asustó y salió corriendo mientras rebuznaba; entonces, nos dimos cuenta de que habíamos chocado con el animalito.

Después de tranquilizarnos, continuamos hasta llegar a casa. Contamos lo sucedido a nuestra familia y ellos rieron hasta el cansancio.

El burro nos dio el gran susto de nuestra vida, siempre lo recordamos cuando pasamos por ese lugar o cuando nos reunimos en familia.




MARÍA BELÉN QUEZADA
nació en Ibarra, Imbabura, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato del Colegio de Bachillerato María Angélica Idrobo. Sus actividades favoritas son leer y escribir.

El misterio de la caja musical

En 1989 hubo un suceso impresionante que ocurrió en el barrio Chorlaví, parroquia San Antonio. A Mario, un muchacho solitario, que tenía mucha imaginación y picardía, no le permitían tener amistades, además, a los vecinos les atraían únicamente los deportes y a él no. Era un chico callado, tímido, que al ver la forma que ellos tenían de socializar, tuvo una especie de envidia. Se

podría decir que, de un momento a otro, él empezó a liberarse con bromas; esto dio origen a la mayor broma pesada que haya ocurrido.

Pero el relato va muy rápido, primero les relataré qué clase de bromas hacía el muchacho, entre otras locuras inocentes: cambiaba los rótulos de un restaurante, de “Caldo de patas” pasaba, con una insignificante raya, a “Caldo de ratas”; colocaba cinta adhesiva en los timbres de las puertas y se escondía para reírse a costilla suelta de los demás; tenía la habilidad de poner cabezas de fósforos en los cigarros de su madre para quemarle los cabellos, “accidentalmente” por supuesto; ponía ají extrapicante en la comida de los maestros, llegó al extremo de intoxicarlos a todos. Después de semejantes referencias, sigamos con la historia.

Frente a su casa había una vivienda muy antigua y abandonada; los rumores decían que el señor que vivía allí murió solo en su vejez. La propiedad era misteriosa, según los vecinos. Como se pueden imaginar, aquí Mario dio origen a su broma. Claro que no empezó con mala intención y tampoco se imaginó el punto al que iba a llegar. Jamás pasó de asustar con ruidos extraños a jóvenes de su edad y reírse como siempre, de prender fuego en la casa y hacerles pensar que era el espanto del Señor. ¡Seguro se llevaban unos buenos sustos! Las personas no podían pasar por allí porque a Mario no le faltaban las bromas. Los rumores iban creciendo. La casa abandonada tenía algo que nadie sabía, siempre en secreto.

En la primera comunión de Violeta, su hermana mayor, la madrina de la muchacha le regaló una hermosa caja musical con una melodía inconfundible, que al sonar transmitía una cálida sensación. Mario, como es de imaginarse, con sus ocurrencias, le dio uso para sus picardías: le pidió de forma muy comedida la caja musical. Los viernes a medianoche Mario reproducía la música: a esa hora unos jóvenes, entre ellos su cuñado, bajaban

del fútbol, pasaban por aquella casa abandonada y al escuchar la caja musical, aterrorizados, corrían hacia sus viviendas. Mario, con sus cizañas, reía incontrolablemente.

Un día la hermana le preguntó por qué tenía tanta insistencia con caja musical y él, con risas y burlas, le contó lo que hacía y a quiénes había asustado. Otro día, el enamorado de Violeta le dijo a ella:

—Me da terror venir a visitarte porque escucho sonidos al frente de tu casa, una música perturbadora.

Al escuchar esto, Violeta sonrió y dijo:

—Todo lo que me dices es mentira: en realidad es el loco de mi hermano haciéndoles bromas a todos.

Después de conversar con él, enfadada, Violeta le reclamó a Mario y le negó el uso de la dicha caja. Molesta, se retiró.

Esto no termino aquí, ya que Mario, escondido como siempre, les jugó la última: hurtó la caja, se puso en su lugar y, sin imaginarse lo que vendría, la hizo sonar por última vez. No sabía que los muchachos del barrio ya estaban informados y le habían tendido una trampa. Apenas escucharon la irritante melodía, le gritaron por el nombre:

—¡Mario, sal de allí, sabemos que eres tú! ¡No te escondas, cobarde!

Se agacharon y empezaron a lanzarle piedras; él astutamente logró escapar y esto dio fin a sus picardías.

No. ¡Esperen, esperen! Esto no acaba así.

Siguieron los rumores de que seguía sonando el ruido de la caja musical. Los reclamos del enamorado de Violeta exigían que parara con la travesura. Pero las palabras de Mario afirmaban que ya no la hacia él. Violeta pensó que tal vez era un juego



del enamorado, que quería hacerle pensar a Mario que todo se volvió real, pero estaba equivocada. Una noche la madre de Mario lo mandó a llamar, él se dirigió a la tienda, pasando por la casa abandonada: de repente, escuchó la música. Un frío intenso invadió su cuerpo. Sin acordarse de nada regresó a casa, corriendo desenfrenadamente, golpeó la puerta de Violeta para pedir, a gritos, ver la caja musical.

Al ver la oscuridad en los ojos de su hermano, Violeta le mostró la caja: efectivamente, era esa y estaba bajo llave. Era imposible que alguien la sacara. Mario se tornó blanco del miedo, los ojos le saltaron y se le cortó su voz. Esa noche no pudo dormir: al cerrar los ojos, escuchaba la perturbadora canción.

Las bromas de Mario tuvieron un final muy misterioso, ya que de esta historia tenemos la versión de un señor vecino, de al lado de la casa abandonada, quien cuidadosamente veía cuando Mario

les jugaba las bromas a los jóvenes; sin haberse percatado de esto, Mario lo saludó. El señor dijo:

—¡Niño picarón! Deje de hacer las bromas que ya no son divertidas. Ayer lo vi nuevamente subir al árbol de siempre, entrar a la casa y reproducir esa canción.

Una y otra vez Mario trató de convencerlo de que no fue él, que estaba en la casa, durmiendo tranquilamente cuando eso pasó. Nadie supo qué paso desde esa noche. Mario juró, desde su corazón y con completa sinceridad, dejar de hacer las bromas.

Esta historia es verídica: nunca se supo qué o quién hacía sonar la caja de misterio. Esto enseñó a Mario a no volver a realizar sus bromas a costilla de espíritus ni de nadie. Nunca se sabe que puede pasar… ¡Cuidado! El siguiente puedes ser tú.




NAYELI NICOLE SHIGUE
nació en Cayambe, Pichincha, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Natalia Jarrín. Su actividad favorita es ver *youtubers.*

La caja del diablo

Al norte de Imbabura, en un lugar llamado El Inca, vivía una familia. José y María eran los padres de diez hijos y tenían una familia muy unida, que vivía feliz en una casa de adobe.

Cuenta la familia que, cuando llovía, en su patio aparecía fuego de color azul, y escuchaban ruidos y voces. Una noche, se preguntaron por qué sucedía ese fenómeno y decidieron investigar, pero no encontraron nada. A veces, les daba mal viento[1], sin embargo, ya sabían cómo curarse.

1 Esta enfermedad es común en la medicina tradicional indígena; se adquiere cuando las personas caminan por lugares donde hay malas energías. También se conoce como “mal aire”.

Una noche, José tuvo una pesadilla y el diablo le decía: “José, en uno de estos cuartos se encuentra enterrada una caja de oro”. Él quedó horrorizado cuando el demonio le propuso: “Si la quieres, dame a cambio a unos de tus hijos y te daré la caja”. Él estaba espantado y despertó a su esposa para contarle sobre su sueño; aquella noche ellos no pudieron dormir.

A la mañana siguiente, ellos no sabían si decírselo a sus hijos. Pero, cuando todos estaban desayunando, José empezó a temblar y Luis, el hijo mayor, le preguntó: “Papá, ¿estás bien? ¿Por qué no comes? ¿Qué pasa?”. Con miedo, el padre les contó su pesadilla y todos quedaron impactados. No sabían si excavar o esperar otra noche, para ver qué sucedía. Pensaron mucho y discutieron entre todos, pero Enrique —el hijo del medio— dio una solución: “Excavaremos donde aparece el fuego y sacaremos el oro para venderlo”. La familia cogió varias herramientas y se dirigió al patio. Hicieron algunos intentos, pero el suelo no les permitía excavar Se hizo de noche y, cansados de intentar, se fueron a dormir.

Al otro día, como eran muy habladores, les contaron a sus vecinos sobre lo que había en su casa y estaban muy contentos, porque pronto tendrían un tesoro en sus manos y serían ricos. Buscaron ayuda para intentar sacar la caja; llevaron a mineros, brujos y expertos en sacar oro, pero ni así pudieron encontrarla. La familia hizo tratos con aquellas personas, que consistía en que, si los ayudaban, se repartirían el dinero.

Planearon todo para aquella noche. Eran las 12:30 y cerraron todas las puertas, pusieron velas en todos los cuartos y, en el patio, formaron un círculo. Los brujos se contactaron con varios espíritus que rondaban y, entre ellos, el diablo. ¡La familia estaba atónita! Uno de ellos preguntó al padre el nombre de uno de sus hijos y José nombró a Margarita, su hija de diecisiete años. Ella lo había



defraudado, porque había escapado con su novio al Oriente, y José pensó: "¡Como está lejos, no le pasará nada", entonces se arriesgó.

Entre tanto, los mineros aprovecharon para cavar el suelo. De repente, vieron salir luces de las profundidades y encontraron la caja de oro. Aquella noche, todos estaban contentos y los mineros propusieron llevarse la caja para vender el oro y, después de dos días, repartirse el dinero, como lo habían acordado.

Pasaron dos semanas y no hubo ni rastro de los mineros. José, muy preocupado por su oro, salió con su hijo en busca de aquellos hombres, pero no pudieron encontrarlos. Fueron a ver a los brujos, para ver si entre todos podían encontrar a los farsantes, pero los brujos les dijeron que sabían que habían huido con todo el oro. José y Luis, muy tristes por la noticia, llegaron a su casa y no sabían cómo decírselo a su familia. Cuando estuvieron todos reunidos para la cena, José

dijo: “¡Aquellos señores se llevaron todo nuestro oro!” y todos lloraron, porque no podían creerlo.

Pasó un año y un día Margarita regresó con su hijo de dos años, llamado Miguel. Ella estaba muy enferma y no sabía qué tenía. José y María no querían que ella regresara, por lo sucedido hacía un año; ellos sabían que, si estaban cerca, podía pasar algo muy malo. Al cabo de cuatro meses, Miguel dejó de comer, solo lloraba por las noches y parecía también enfermo. Una mañana, el pequeño estaba sentado en el patio y María, desde lejos, lo vio que conversaba con alguien. De pronto, el pequeño se levantó y cayó desmayado. Inmediatamente, lo llevaron al hospital y, después de veinte minutos, los doctores les dijeron que Miguel había muerto, pero no sabían el motivo. Cuando lo revisaron, vieron que el niño tenía la cabeza deforme, en su coronilla, parecía que tenía dos pequeños cachos. Un mes más tarde, Margarita también falleció y tampoco supieron por qué.

Los vecinos murmuraban sobre las dos muertes y decían que fueron ocasionadas por la ambición de la familia, porque ellos no se conformaban con lo que tenían. Después de seis meses, otra vez apareció el fuego azul muy cerca de la casa, pero ellos ya no intentaron conseguir la caja, porque sabían que alguien moriría.




DAYANNA MICHELLE CALDERÓN
nació en Riobamba-Quimiag, Chimborazo, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Puruha. Su actividad favorita es viajar en bicicleta.

La misteriosa vida de María

Una misteriosa tarde, cuando los grillos refinaban su tenebroso cantar y las miradas curiosas que entre las raras formas de los árboles se revelaban, un abuelo y su nieta decidieron dormir en un bosque a las faldas del gran Chimborazo. Ambos estaban muy cansados, porque habían cortado leña todo el día, y no alcanzaron a llegar a su choza. Así, el abuelo, con su viejo y débil cuerpo, no tardó en quedar profundamente dormido, pero su nieta María



no hizo lo mismo, pues tenía mucho miedo porque nunca había dormido fuera de casa. Se hicieron las 11:00 de la noche y María por fin concilió el sueño y la fogata que estaba esplendorosamente prendida se apagó.

Al día siguiente, el abuelo, como de costumbre, se levantó temprano, pero se sorprendió mucho al no ver a su nieta y comenzó a llorar. Caminó largas horas buscándola, sin embargo, en ese trayecto, solo encontró la chalina roja de María. El abuelo desconsolado llegó a su casa, para avisar lo ocurrido a su esposa, y entre los dos comenzaron a buscarla, pero después de mucho tiempo de no encontrarla, se dieron por vencidos y la dejaron de buscar.

De pronto, sin previo aviso, María despertó en su casa; ella había estado inconsciente largo tiempo. Al levantarse de la cama, se encontró cubierta de sangre y con un bebé al lado. Vio a sus abuelos

rasguñados, ensangrentados y muertos. Ella corrió desconcertada ante la imagen, mientras se hacía muchas preguntas: ¿qué me pasó? ¿quién lastimó a mis abuelos? ¿de dónde salió ese hermoso bebé? El niño era blanco como la leche y tan suave como el más fino algodón, sus cabellos eran más dorados que el oro, pero sus ojos se enrojecían cada tanto y de entre sus finos cabellos salían unos horribles cachos negros. Sus blancos pañales estaban agujereados, porque de ellos salía un rabo largo y lanudo.

María no pudo lidiar con lo que vieron sus ojos y pronto enloqueció, desde entonces la conocen como la "Loca Tapada".

MARÍA JOSÉ RODRÍGUEZ
nació en el recinto Engabao, Guayas, en 1998. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Cacique Tumbalá. Su actividad favorita es leer.

La lápida

Esta es la historia de mi tía. En ese tiempo, ella se había hecho de un compromiso. No iban mucho tiempo, cuando empezó a tener cambios extraños y ver cosas. Nadie entendía qué pasaba. Su esposo contó que habían ido al cementerio una noche, a visitar la tumba de mi abuelo, y que habían encontrado escrito en la lápida: "Te extraño papá, llévame contigo, porque te extraño mucho". Él aseguraba que, desde entonces, todo empezó.

Ella veía a un señor grande con sombrero, montado en su caballo, que le pedía que le llevara a un niño; veía a personas



muertas que la visitaban o animales grandes que le decían adónde ir y qué hacer. Nadie sabía qué hacer, porque cada día empeoraban las cosas.

Cierto día, mi familia decidió llevarla a la iglesia y el Padre confirmó que estaba poseída por un demonio. Él le hizo un exorcismo para sacar al demonio, pero no pudo; dijo que había algo que le impedía sacarlo. Todos buscaron entre sus cosas, para ver si encontraban alguna pista. Buscaron, buscaron, buscaron, hasta que al fin encontraron.

En un cajón, había un diario que contenía fotos, con nombres y apellidos; allí decía lo que le iba a pasar a cada miembro de mi familia. El mismo día que habían hallado el diario, empezó a suceder lo que estaba escrito. Primero, fue mi tío. Él comenzó a ver lo mismo que mi tía, pero lo llevaron pronto a la iglesia y el Padre expulsó al demonio.

Al siguiente día, fue el turno de mi hermano; pero esta vez fue diferente. Él estaba viendo la televisión y, de pronto, se quedó dormido. Cuando despertó, estaba gritando y buscando a mi primo, porque el demonio quería que él lo matara sin que nadie viera. Pero todos estábamos preparados para algo así. Entonces, algunos familiares fueron a la iglesia y el Padre les preguntó si habían encontrado algo, porque todo seguiría empeorando si no hacían nada. Ellos le contaron el asunto del diario y él les recomendó quemarlo, porque si no todos morirían.

Ellos volvieron a casa y quemaron el diario. Mientras lo hacían, pensaban: "al fin terminó todo esto", pero no fue así. Al día siguiente, todo empezó de nuevo, porque mi tía sostenía al demonio en su interior. Nadie sabía qué hacer, pero, mientras pensaban, recordaron lo que ella y su esposo habían encontrado escrito en la lápida de mi abuelo. Entonces, se lo contaron al Padre y él les recomendó ir hasta allá, a la misma hora, y borrar aquellas palabras. Luego de despintar la lápida, todo volvió a la normalidad. El demonio se fue, sin hacer más daño, pero nunca supimos por qué pasó lo que pasó.

ERICK STEVEN PASQUEL
nació en Atuntaqui, Imbabura, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Abelardo Moncayo. Su actividad favorita es jugar básquet.

Espíritu indio

Hace aproximadamente siete años, mi abuelo y sus trabajadores fueron a limpiar un terreno del cerro, para poder cultivarlo. Durante su trabajo, cuando ya habían removido grandes cantidades de roca y tierra, encontraron algo inusual, era un cráneo; pero no era un cráneo cualquiera, tenía una forma muy extraña en comparación con el de un humano. Tenía la figura de una cara pequeña, la apertura de los ojos considerablemente grande y era muy alargado. Según nos dijeron, era la cabeza de un indio, de los que habitaban ciertas partes del cerro hacía muchos



años. Mi abuelo quedó tan sorprendido al ver el cráneo, que no dudó ni un momento en llevárselo. Cuando llegó a su casa, lo colgó en su taller y todas las personas que entraban quedaban aterrorizadas al verlo.

Un día mi mamá decidió traerlo a nuestra casa, obviamente, era la única que no le temía. Pero era tanto el miedo de mi papá y el mío, que ella decidió meterlo en una funda y guardarlo en un rincón de la sala. Pasaron los días y empezamos a escuchar sonidos raros en las noches, parecía que alguien pisaba las cerámicas o que se movía en la sala, parecía que alguien estaba ahí. Yo temblaba del miedo. La gente nos decía que el cráneo tenía un espíritu y era difícil de creer; aunque yo en verdad no creía en eso, empecé a sentir su presencia y, con el tiempo, me acostumbré a la sensación. Supe que no pretendía hacernos daño, al contrario, de alguna manera, me sentía protegido. A menudo, lo sacaba de

la funda y lo miraba fijamente, trataba de entender cómo podía haber un espíritu ahí.

Sin embargo, todo cambió una noche que un policía, amigo de mi mamá, fue a visitarnos. Él bajó de su auto y tocó la puerta de nuestra casa. Nos contó que escuchó pasos que se acercaban y vio por la ventana la silueta de una persona que se reflejaba en la cortina. El policía pensó que era mi mamá, entonces, le decía que le abriera. Afirma que nos veía por la ventana y nosotros estábamos ahí, observándolo, sin abrir la puerta. Pero, menuda coincidencia, esa noche salimos y nadie se quedó en la casa. Cuando nos llamó para preguntar por qué no le abríamos, nosotros sorprendidos le dijimos que no estábamos allí. Él dice que, en ese momento, la silueta desapareció. Desde ese momento, todas las dudas se aclararon, supimos que no era un espíritu maligno, sino nuestro guardián.

BELÉN CUMANDÁ LANDÍVAR
nació en Cayambe, Pichincha, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Natalia Jarrín. Su actividad favorita es leer libros.

La cruz de la esquina

Contaba mi bisabuelo que, en su juventud, los hombres mayores salían en la noche a la esquina donde actualmente es la Escuela Nueve de Julio. Cierto día, él y sus amigos fueron hacia allá y vieron que la gente se sacaba el sombrero y lo volteaban; en seguida, caía del cielo algo adentro.

Se fueron a sus casas y decidieron acudir al día siguiente, pero antes de que llegaran los hombres mayores, es decir, antes de las



seis de la tarde. Estando ahí, se sacaron el sombrero y, al voltearlo, observaron cómo mujeres diminutas caían dentro. Se les erizó la piel y los pelos se les pusieron de punta; tal fue la impresión que salieron corriendo.

Algunos días después, se armaron de valor y se volvieron a encontrar en aquella esquina, curiosos por saber sobre las diminutas mujeres. Al retirarse el sombrero y voltearlo, una pequeña dama cayó dentro de uno de los sombreros. La pobre, al verse atrapada, les preguntó qué deseaban a cambio de dejarla salir, pues ella podía hacer realidad cualquier deseo. En ese momento, tuvieron muchas ideas, pero ella les advirtió que solo el dueño del sombrero podía pedir el deseo. El joven dijo que quería una funda llena de dinero. No podían creer lo que veían sus ojos… De inmediato, apareció un cáñamo lleno de dinero. Los muchachos, contentos y presurosos, arrastraron el botín

hasta la casa más cercana, para que su amigo compartiera con ellos lo que habían conseguido. Cuando metieron la mano en el costal, en lugar de sacarla llena de dinero, salió llena de majada. Todos asombrados, abrieron el cáñamo y solo encontraron caca de gallina. Los jóvenes no entendían lo que pasaba, el dinero se había esfumado y en su presencia. ¿Cómo era posible si habían asegurado bien el costal? Entonces, comprendieron que habían sido engañados.

Cuando regresaron a sus casas, estaban muy enfermos con vómito y diarrea. Tuvieron que contarles a sus padres lo que había sucedido y ellos, preocupados, los llevaron a un curandero para que les limpiara del mal viento, pues los chicos habían estado en contacto con las brujas de la esquina.

Cuando se sintieron mejor, los papás de los jóvenes les contaron que las mujeres que caían del cielo eran brujas y que los hombres mayores buscaban atraparlas para conseguir cosas, pero esto era muy peligroso, porque muchos habían muerto con el mal viento, sin conseguir lo deseado.

Días más tarde, los llevaron donde el cura de la parroquia para que los aconsejara. Él les dijo que las brujas tienen pacto con el diablo y que ellas engañan a los hombres para que pierdan sus almas. Entonces, bendijo una cruz y les pidió que la pusieran en el sitio donde aparecían las mujeres diminutas. Así lo hicieron y, desde entonces, no se ha vuelto a ver bruja alguna, pero sí se puede ver la cruz en la esquina de las calles Ascázubi y Libertad.

ANAHÍ DEL CARMEN VELÁSTEGUI
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Rumiñahui.

Detrás de tu mirada

Al fin volvían a estar juntos, padres e hija, y la paz acogía nuevamente el rancho. Las sombras se fueron para nunca más volver y aquel lugar volvía a estar lleno de luz, alegría, risas y amor. Aunque todos estaban muy emocionados por el retorno de Dalila, nadie podía creer la historia que Alejo acababa de contar.

Era época de cosecha y, en el valle, las cañas estaban en su punto. Los campesinos se dedicaban a recogerlas y no desperdiciaban nada de aquello que habían logrado con tanto esfuerzo. Entre los sembríos, tres niños jugueteaban: Dalila, la hija de los patrones,

acompañada de Alejo y Diana, hermanos gemelos, hijos de campesinos. Los tres niños eran inseparables, siempre jugaban y hacían travesuras desde el amanecer hasta el ocaso, cuando las brechas sociales volvían a existir y separarlos. Mientras que Dalila llegaba a su gran casa rodeada de lujos, Alejo y Diana iban a su pequeña cabaña al lado de los establos.

Un día los niños, aburridos de los mismos juegos de siempre, decidieron ir más allá de los campos a explorar el bosque. Encontraron un pequeño claro en medio de los árboles, en donde jugaron todo el día. Se entretuvieron tanto que no se percataron de las horas que transcurrían con cada risa, hasta que la noche abarcó el bosque y tuvieron que volver a casa. Los pequeños no recordaban el camino de regreso y, poco a poco, el miedo los fue invadiendo y no podían concentrarse para recordar cómo regresar. Llegaron a las orillas de un río y Dalila se soltó a llorar, ya que lo único que deseaba era estar de regreso con su madre para sentir el calor de sus abrazos. Alejo intentó calmarla, pero no pudo y Dalila empezó a correr con desesperación. Alejo tomó la mano de su hermana y corrió persiguiendo a su amiga, para que no se perdiera ni se hiciera daño.

Pero fue imposible, Dalila se había alejado mucho y, con la oscuridad reinante, se les hizo muy difícil encontrarla. Luego de horas de gritar y llorar, por fin amaneció y, a pesar del cansancio, caminaron hasta llegar a una casa vieja. Allí encontraron a un anciano, quien les brindó alimento y refugio. Cuando por fin se calmaron, el señor les preguntó qué hacían en aquel bosque, si son aún tan pequeños y todavía tienen la inocencia en sus ojos, pues aquel era un lugar solo para quienes han perdido la luz en la mirada, la luz del camino, la luz de la vida.

Entonces, los niños le contaron que estaban perdidos y que deseaban encontrar a Dalila, pero el anciano soltó un gran suspiro



como ráfaga en otoño y les dijo que lastimosamente su amiga jamás volvería. Los hermanos, desconsolados, no obtuvieron mayor explicación y el hombre solo continuó mirando por la ventana hacia aquel bosque.

Pasadas ya algunas horas, el anciano les recomendó regresar a su hogar y se ofreció a acompañarlos. Cerca de llegar, notaron que el señor se había ido y los pequeños solo corrieron en busca de sus padres, quienes los abrazaron al verlos.

Los patrones empezaron a hacer muchas preguntas a los gemelos, para saber qué había ocurrido con su hija. Ellos les contaron que Dalila había desaparecido, porque, a pesar de que corrieron para seguirla, no pudieron alcanzarla y ahora no sabían su paradero. Así, pasaron los días, los meses, los años y el dolor de los padres se veía reflejado en todo el rancho; las sombras abarcaban cada vez más espacio.

Luego de 10 años, cuando cumplieron 16, Alejo decidió salir en busca de su amiga, pues no había podido olvidarla y tenía su recuerdo muy presente. Esa mañana escribió una nota para su hermana, que decía: "Eres lo más importante que tengo, solo recuerda que esto es por los dos". Entonces, Alejo regresó a aquel bosque que un día le arrebató a Dalila.

Mientras más caminaba, su corazón se aceleraba más; sentía que alguien lo observaba. Por fin, encontró el río y empezó a gritar en busca de Dalila. De pronto, escuchó una voz que decía su nombre y el corazón parecía que iba a salírsele del pecho. Empezó a correr para encontrar el origen de aquel llamado y alcanzó a ver a una bella mujer con larga cabellera negra. Sin dudarlo ni un segundo, corrió hacia ella y la abrazó. Alejo le insistió en que escaparan juntos de ese bosque, lo antes posible, pero ella se negó rotundamente porque tenía que cumplir con una misión.

Él quedó totalmente atónito ante tal respuesta y le pidió una explicación, entonces, Dalila le contó sobre todo lo que había tenido que pasar para seguir viva. Le habló acerca de la Santa Compaña y la procesión de almas en pena, que no tuvieron un juicio final ni un destino, y cómo ella era la encargada de guiarlas para que no divagasen por el mundo en soledad. Le confesó que, para la Santa Compaña, se necesitaba una persona con una cruz, alguien puro incapaz de corromperse con la maldad que abundaba en ese bosque, el bosque de la Luna oscura.

Alejo no podía creer nada de lo que su amiga le estaba contando, pero al ver la dulzura de sus ojos, decidió darle un voto de confianza y le propuso encontrar una manera de liberarla. Cuando llegó la noche, Dalila escondió muy bien a Alejo para que no corriera peligro y empezó a hacer su trabajo: ató dos ramas en forma de cruz y su piel se fue tornando cada vez más blanca, hasta que solo se veían sus ojos, que tenían un brillo comparable con el de los diamantes.

Al amanecer, Dalila volvió con Alejo y él saltó de la emoción. Entonces, tuvo una gran idea. Sabía que debían hallar algo brillante que lograra atraer a las almas. Dalila le contó que existía una fuente muy cerca, donde había cristales. Cuando llegaron, se dieron cuenta de que no eran solamente cristales, sino bellos diamantes. Entonces, eligieron los más hermosos. Juntos hicieron la cruz y la ataron muy fuerte; la dejaron en medio del bosque y, debajo de ella, colocaron los brillantes. Se tomaron de las manos y empezaron a correr lejos de allí.

Dalila sentía miedo y le preguntó a Alejo si estaba seguro de que su plan iba a funcionar, y él la tranquilizó diciendo que los diamantes representaban la inocencia perdida y la vejez negada, además de que tenían el mismo brillo infinito de sus ojos.

Poco a poco, la noche y su oscuridad se apoderaron del cielo azul. Los jóvenes caminaron y caminaron por horas, hasta que advirtieron una luz a lo lejos; corrieron con el resto de sus fuerzas y vieron que era Diana sosteniendo un faro, en medio de la nada. Ella había guardado la esperanza de volver a ver la luz en los ojos de su amado hermano y su amiga. En ese momento, los amigos prometieron nunca más separarse y regresaron al rancho. Dalila pudo, por fin, volver a sentir los amorosos brazos de sus padres.




BYRON EDUARDO YAGUAL
nació en General Villamil-Playas, Guayas, en 1981. Trabaja en la Escuela De Educación Básica Enrique Camilo. Su actividad favorita es educar.

Pescadores de la noche

En los años cincuenta, en una la localidad de Playas, vivía una humilde familia que se dedicaba a la pesca. Don Nicolás Yagual, pescador de oficio, junto a su pequeño hijo, se adentraba diariamente a la mar, para pescar exquisitos mariscos y venderlos. Con el dinero que obtenía, le daba el pan diario a su familia.

Por las noches, salían en busca de riquezas marinas en su pequeña balsa de vela, con su única guía que era un candil de



kerosene. Durante su trayecto, veían pasar botes y balsas llenos de personas, con extrañas vestimentas y semblantes. Entonces, el pequeño Carlos, curioso por saber quiénes eran, le preguntó a su padre. Él le dijo: "Son los viajantes eternos". Luego de que se alejaban y se perdían en el horizonte, los pescadores continuaban con su oficio; así, siempre que salían a pescar se los encontraban y los saludaban.

Cierto día, Don Nicolás, al ver que su hijo ya había crecido, decidió contarle la historia de los viajantes eternos. Eran almas perdidas, que habían perecido en algún tipo de accidente, y todas las noches salían en busca de salvación. Al oírlo, el joven Carlos entró en pánico y no quiso volver nunca más al mar en la noche.

RICARDO STIF BOLAÑOS
nació en San Isidro, Carchi, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa San Isidro. Su actividad favorita es el básquet.

Reto fallido

Caminábamos por las calles principales de San Isidro, mi pueblo, con mi mejor amigo Kevin. Estábamos conversando sobre historias de terror, ya que la hora lo ameritaba. Eran como las 10:00 de la noche. La conversación iba fluyendo más y más, entonces, mi amigo me comentó que había una casa abandonada en el trayecto a Ingüeza y que todos decían que allí se escuchaba ruidos y se veía cosas extrañas.

Yo no soy creyente de esas cosas, siempre he considerado que son puras tonterías y empecé a burlarme de él. Kevin muy enojado



me retó, con apuesta y todo, y yo pensé que era muy fácil ganarle. El reto consistía en que los dos iríamos al otro día a aquella casa y permaneceríamos dos horas allí, pase lo que pase. Si yo no escuchaba ni sentía nada, él me pagaría… “Reto aceptado”, le dije.

Yo esperaba el momento con ansias, porque ese dinerito que pensaba ganar me servía mucho. A las 11:30 de la noche, nos dirigimos al lugar. Caminamos y caminamos, porque para llegar hasta allá debíamos cruzar un bosque. Unos 50 metros antes de llegar a la casa, sentí algo muy raro y empecé a tener algo de miedo; pero como yo sabía que esas cosas no existen, seguí. A las 12:00 de la noche, ya estábamos en la puerta de la casa. Kevin me miró y me dijo: “El reto ha comenzado”. Entramos y, tan solo al cruzar la puerta, sentí un escalofrío. Prendí la linterna y pude ver un retrato que permanecía colgado en una de las paredes. Él me comentó que era de la dueña de casa. Tenía una expresión muy rara y parecía

que me observaba fijamente a los ojos. En su rostro, se reflejaba molestia. Con un poco de miedo, le quité la vista y seguí.

A las 12:45 de la noche, sentí una mano encima de mi hombro, regresé a ver creyendo que era mi amigo, pero no había nadie. En ese momento, quise salir corriendo, pero no pude, porque necesitaba el dinero; para mala suerte, la noche se hacía eterna. A la 1:00 de la madrugada, pasó lo peor. Empezamos a escuchar unas voces que decían: “No podrás salir de aquí”, parecían de exorcismo. Solo me arrodillé y, mirando al cielo, dije: “Dios, ayúdame, no me desampares”. Pero seguían sonando las voces y nos acercamos hasta lo que pudo haber sido una sala, pero no había absolutamente nada. Cuando volteé, Kevin había desaparecido.

Un minuto antes de que se acabara el reto, vi unas sombras que empezaban a salir de todo lado. Sentí tanta desesperación, que cogí uno de los tantos palos que había por la destrucción de la casa; solo quería defenderme. Salí corriendo y, en la puerta principal, estaba Kevin riéndose y burlándose de mí. Me dijo que había perdido el reto. Me confesó que las sombras que había visto eran mis amigos del barrio, que en complicidad habían ido a asustarme.




ADRIANA MARISOL SHAIGUA nació en Riobamba-Quimiag-Puculpala, Chimborazo, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Puruha. Su actividad favorita es jugar fútbol.

Pesadilla negra

Hace mucho tiempo, mientras conversaba con mi abuela acerca de historias vividas antiguamente, ella me contó sobre una hacienda en la que trabajaba un hombre solitario. Era una propiedad grande, en un sector alejado de la gente, y aquel señor escuchaba ruidos por las noches; a veces, voces o pasos por el corredor, incluso, parecía que las vacas se salían de su encierro e iban hacia la casa, también, escuchaba que se caía la escoba y, cuando salía a ver, no encontraba nada.



Una noche, después de terminar su jornada de trabajo, se fue a acostar. Estaba durmiendo y, de repente, sintió que un gran bulto negro apretaba su cuello y no podía respirar. Él se esforzó para quitárselo de encima y, en eso, se despertó sobresaltado. Buscó, pero no había nada… Tenía muchas pesadillas. Muchas noches, soñaba que personas vestidas de negro lo perseguían y lo querían matar. La gente empezó a decir que ese lugar estaba encantado, porque allí había oro escondido.

Entonces, él se puso a buscar el oro, pero no lo encontró. Aquella misma noche tuvo otra pesadilla, en la que un hombre vestido de negro le decía: “no busques lo que no es para ti y, si lo sigues haciendo, morirás”. El pobre señor dejó la hacienda a la mañana siguiente y se fue de la ciudad para encontrar tranquilidad lejos de allí.

JORDY STALYN CHAFUEL
nació en Pimampiro, Imbabura, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ciudad de Ibarra. Su actividad favorita es leer.

Momentos

Una noche espesa, que el viento soplaba un frío congelante, una extraña y tenue figura apareció frente a mis ojos. Al verla, sentí cómo el frío penetraba mis huesos ocasionando un dolor descomunal. La misteriosa figura oscura tomó forma humana y me causó un terror que jamás antes había sentido. Quería hablar, pero las palabras no salían de mi boca. Traté de tranquilizarme, pero aquel hombre se acercaba lentamente hacia mí. Con cada paso suyo, sentía que mi vida se consumía. Entonces, pensé en las cosas que había hecho y las que no, en aquellas que quería hacer,



en las personas a las que quería y en las que no, en tan solo un segundo.

La figura se detuvo a pocos metros de mí y me observó fijamente. Su mirada era cálida y yo sentí cómo me llenaba de calor y desaparecía el dolor. Aún no podía decir nada, estaba atónito por lo que me causaba aquella persona. Entonces, habló con una voz áspera, llena de odio, que destrozó mis tímpanos: “El final de tus días está por llegar”. Esas palabras amortiguaron el dolor de mis oídos y no supe qué decir, solo pensé: ¿qué quiere decir? ¿Quién es este sujeto? ¿Por qué yo? El hombre se acercó y sus ojos brillaban, mientras el brillo de los míos se oscurecía.

Desperté en una acera, pero no podía escuchar ni hablar. Me puse de pie y caminé unas cuadras. Me encontré con una mujer, que me miró con sorpresa y se aproximó como si algo estuviera en verdad mal conmigo. Me observaba recelosamente y sus labios

formulaban palabras que no podía entender. Alcancé a decirle que no podía escuchar, tal vez gritando. Ella me extendió una mirada triste, me cogió de un brazo y me guió al hospital.

Cuando llegué, me vi en el reflejo de un vidrio y me horroricé. Estaba irreconocible, tenía sangre seca en mis oídos, mi cabello estaba quemado y en mi rostro, lleno de tierra, no se podían ver las líneas que lo definían. Pronto, me enteré de que había desaparecido por varios meses. No podía recordar quién era ni qué había hecho durante ese tiempo, pero sabía que fue un infierno aquel tormentoso momento.




INGRID PARDO
nació en Ambato, Tungurahua, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Juan León Mera La Salle. Su actividad favorita es escribir.

Cuadros

¿Alguna vez te has preguntado qué pasa dentro de los cuadros? ¿Te has puesto a pensar qué pasa cuando nadie los ve? Tú los admiras a ellos, pero ¿cómo te miran ellos a ti?

Museo del Louvre, París, las más bellas obras posan en ese lugar. Harald, psiquiatra y amante extravagante del arte, dirigía el museo. Desde pequeño, creaba sus propios dibujos. Eran llamativos, porque generalmente representaban: masacre, aniquilamiento, ejecución y otras escenas negativas. Para su familia era normal, ya que su tradición de perder el miedo a todo era lo más importante.



En el museo, de pronto, nuevas obras aparecieron, pero había algo extraño en ellas. Sin ninguna explicación, acontecimientos espeluznantes empezaron a suceder.

La mayoría de los pacientes de Harald se encuentra en situaciones que él no puede resolver, pero su fama como psiquiatra era muy importante, entonces creó una forma de ayudarlos… desde su perspectiva. Harald encerraba a sus pacientes en cuartos oscuros, aislados, donde los enfermeros parecían fantasmas y la comida de un animal era mejor que la que servían allí. Guiándose por su dolor, sus acciones paranormales y su capacidad para hacer daño a los más inofensivos, se le ocurrió una gran idea: ¡encerrarlos en cuadros!

El tic-tac de un reloj se apoderó de la mente de Harald y de su corazón, que latía velozmente; letras y números recorrían por sus venas y activaron sus sentidos para experimentar... Se escuchaba un roce de algo extraño y el goteo de un líquido: tag-tag.

A través de las paredes del museo, se percibía la angustia de las almas y la sonrisa macabra de Harald. Y ¡al fin! descubrió la forma de encerrarlos. Se sentía aliviado, pues ya no tendría que preocuparse por escuchar en los pasillos la exasperación, los gritos ni la angustia desesperante de sus pacientes.

Colocó sus cuadros al lado de las antiguas obras de arte, para intentar opacarlas. En la oscuridad, soledad, ambiente tétrico y silencio total. Los seres malignos de los cuadros de Harald luchaban por entrar en las reconocidas obras, para que estas con su belleza se apropiaran de quienes las admiraran. Mientras tanto, los cuerpos que se encontraban encerrados en los cuadros solo gritaban por ayuda y su llanto casi inundaba el museo.

Hasta que la luz se filtró por las ventanas y todos estaban listos para ver quién sería el próximo en adornar el museo.




LIBA NARCIZA IPIALES
nació en San Roque, Imbabura, en 1965. Trabaja en la Unidad Educativa San Roque. Su actividad favorita es enseñar a leer y escribir a niños y niñas con necesidades educativas especiales.

El pailón de la quebrada

En una hermosa pradera, vivía un agricultor llamado Don Humercindo, junto a su familia. Una madrugada, como todo un campesino responsable, él se despertó súbitamente al recordar que debía regar su chacra, que quedaba cerca a la quebrada del Pailón. Se levantó, cogió su pala, se acomodó el sombrero, montó su bicicleta y salió apresuradamente hacia la acequia de Cuabungo, que cruzaba por la esquina de la antigua escuela, a tapar el agua para llevar a su terreno.

La noche era tranquila, se respiraba paz y se percibía el aroma de las flores y el verdor de las plantas en flor. Sumido en sus pensamientos, dirigía el cauce del agua fresca y limpia por los terrenos de sus vecinos, cercados con chilcas, chichavos y pencos. Ya en su terreno, empezó a regar cuidadosamente los guachos[1] de maíz. De pronto, sintió un suave apretón en su bota. Bajó la mirada a sus pies y vio la cabeza de un animal. Pensó que era un cuso y, cuando quiso quitárselo con el otro pie, se dio cuenta de que una culebra estaba enroscada en su pie.

—¡Carajo! —dijo fuertemente y se sacudió—. ¡No te tengo miedo!

La culebra se zafó y se deslizó hacia la quebrada. Entonces, Don Humercindo se acercó al filo del barranco y vio que, sobre un eucalipto añejo, volaban gallinazos como cuidando un tesoro. Recordó lo que había escuchado de sus mayores: "En ese sector de la quebrada, el dueño de la antigua hacienda Yanayacu escondió una gran paila de oro, que tenía cuatro orejas". Como era valiente, curioso y de buen corazón, se le ocurrió dejar entablando el agua por diferentes surcos y se fue hacia el pailón a buscar la famosa paila.

Sin darse cuenta, con el cavo de la pala, topó el lazo de su sombrero, que cayó delante de sus ojos dibujando la silueta de una persona, como si fuera una sombra que estaba frente a él. Como toda persona de buena educación, saludó creyendo que era real.

—¡Buenos días! —dijo en voz alta, pero no obtuvo contestación.

Distraído, dejó la pala en el último surco del filo de la quebrada. Cogió unas piedras y las lanzó hacia el barranco. Escuchó que las piedras golpeaban contra algo metálico. Entonces, pensó: "¡Ahí está la paila de oro!". Decidido a encontrar el famoso tesoro, descendió por un camino zigzagueante y polvoriento.

---

1 Término proveniente del quichua que significa "cría pequeña".



De pronto, vio una hermosa gallina con seis pollos amarillos recién reventados cerca de sus pies. Los polluelos eran tan hermosos que despertaron sus ganas de cogerlos, para llevárselos a su casa y que los criara su mujer. La gallina no dejaba que él tocara a sus crías y caminaba rápidamente con sus pollos hacia el fondo de la quebrada. Mientras más se adentraban en la quebrada, más dorados se ponían. Don Humercindo apresuró sus pasos. Con rapidez, lanzó su sombrero y, de un solo golpe, tapó a la gallina y a los pollos.

Sus ojos empezaron a lagrimar, los frotó suavemente y los abrió despacito. Ante su mirada somnolienta, en el fondo del barranco, estaba la gran paila; de ella brotaba agua cristalina, resplandeciente, que brillaba con rayos de color oro. El agua se desparramaba y desaparecía por encanto. De pronto, un sonido lo hizo regresar a ver. Era el chorro de agua del regadío que se estaba

desparramando por la quebrada. Sin pensar dos veces, subió al terreno y corrió a cambiar el agua a los otros surcos, para terminar pronto y regresar a casa. Cuando estaba llegando a su terreno, vio la sombra que había estado detrás de él; de forma macabra, le dijo:

—¡Da gracias a tus padres, que te han criado bueno y trabajador, porque, si no, estarías bailando con los otros ambiciosos en el fondo del pailón con el diablo!

—¡Ja! ¿Qué dices? ¡Carajo! ¡No te tengo miedo! —respondió Don Humercindo.

Rápidamente, cogió su bicicleta y, sin regresar a ver, pedaleó hasta más no poder. De la angustia, se cayó por los chichavos, pero se levantó pronto y siguió su marcha. Cuando llegó a su casa, le contó a su esposa lo que le había sucedido. Ella lo tranquilizó y le dio agüita caliente de toronjil, con tortillas recién salidas del tiesto, para calmar su angustia:

—¿Y la pala? —le preguntó.

—¡Ahí se quedó! —respondió Don Humercindo.

—¡Cómo dejaste botando la pala! ¡No sé! ¡En este rato, regresa volando a traer la pala!

Como ya estaba aclarando el día, Don Humercindo no tuvo miedo y regresó a la chacra. En su terreno, todo estaba tranquilo y el sol resplandeciente calentaba su espalda. La pala estaba donde la había dejado, pero se tocó la cabeza y no encontró su sombrero. Entonces, muy valientemente se fue a la quebrada y encontró su sombrero enterrado entre la hojarasca, junto a la fuente cristalina. Al recoger su sombrero, la gallina y los polluelos se habían transformado en un ramo de bellas rosas, con un lirio de lindos colores.

Envolvió las flores en su saco y las llevó a su casa. Entregó a su esposa lo que había encontrado y ella, sorprendida ante tan hermoso presente, sabiamente le dijo:

—El ramo representa el don de nuestra vida, nuestros hijos. Sembremos las flores con amor y sabiduría, para que adornen y den alegría a la Tierra que los vio nacer.

Así lo hicieron, junto con sus hijos, cultivaron la tierra y transformaron su chacra en una hermosa floresta, donde compartieron trabajo, alegría y unión familiar. Sus hijos nunca olvidaron los sabios consejos y el ejemplo de sus padres.




TATIANA BRIGITH RAMOS
nació en Riobamba, Chimborazo, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Once de Noviembre. Su actividad favorita es el básquet.

La Hacienda Santa Ana

Voy a contarles la leyenda que mi abuelita nos contaba siempre que íbamos a dormir a su casa. Hace muchos años, había una hacienda que tenía a gente trabajando como esclava. El dueño se llamaba don Andrés. Era millonario, tenía como doscientas vacas, cien toros y cuatrocientos chanchos, pero a sus trabajadores les pagaba muy poco.

Los hombres trabajaban en el campo y las mujeres se quedaban en la casa de la hacienda. Ellas debían obedecer y cuidar a los patrones, quienes se aprovechaban y abusaban de aquellas



mujeres. Si quedaban embarazadas, las obligaban a abandonar a sus hijos. Se llevaban a los niños a un lugar subterráneo, donde almacenaban los alimentos secos. Se dice que los niños salían de ahí a las 3:00 p.m. y regresaban a las 10:00 p.m., después de cuidar a los chanchos, el ganado y otros animales.

Un día, uno de los pequeños se enfermó. Tenía un fuerte resfriado, pero nadie le dio medicina ni cuidados. Por unos días, pasó tirado en el suelo, pero, de pronto, se levantó y habló con una voz que no era la suya; casi a gritos, dijo: "Apártense, voy a salir". Nadie entendía adónde iba, pero él se acercó a los otros niños y fue quitándoles la vida uno por uno; ellos iban cayendo muertos.

Al otro día, cuando fue el encargado a sacar a los pequeños, se quedó horrorizado al ver que todos estaban muertos. Salió gritando como alma que lleva el diablo. "¡Los niños están muertos, vengan a ver!". El patrón escuchó lo sucedido y le pidió que sacaran

los alimentos de allí y taparan el subterráneo. Así, pasaron los años y nadie volvió a acordarse de lo sucedido.

Un día, don Andrés empezó a sentir culpabilidad, entonces bajó hasta aquel lugar. Estaba parado enfrente y, de pronto, la puerta se abrió. Se le apareció el niño que había enfermado y, con una voz gruesa y extraña, le habló. Absorbió su alma y el patrón cayó muerto. Desde ese momento, todos huyeron de allí y ya nadie quería trabajar en la Hacienda Santa Ana. Se dice que la hacienda aún existe y aún se escuchan los lamentos de los niños.




MARILYN NAYELI TORRES
nació en Ibarra, Imbabura, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ibarra. Su actividad favorita es dibujar.

El sueño de ayer

Era un día normal, como todos aquellos que transcurrieron durante el mes, para ser exacta, era miércoles. Me desperté como siempre para iniciar la rutina planeada, me encontraba realizando prácticas en un colegio. El día fue sereno, tanto en la mañana como la tarde, y finalicé mi jornada cenando en casa acompañada de mis padres y hermanos. La noche cayó y el cansancio se apoderó de mi cuerpo y de mi mente.

Caí rendida tras el sinnúmero de actividades que había realizado y, como todas las noches, antes de dormir, tomé mi libro

favorito del momento, *After*. Conforme iba leyendo, el sueño iba llegando tan campante y tan sereno, con su pausa en el tiempo, como indeciso de llegar o no. Estaba en una parte muy interesante de la lectura y me desafiaba a mí misma sobre si quedarme despierta o dormirme de una vez. Después de unos minutos, estaba conciliando el sueño, pero la luz de la lámpara del velador izquierdo no permitía que mis ojos se cerraran por completo. Finalmente, marqué la hoja en la que me había quedado, apagué la lámpara, tomé mi móvil para asegurarme de que estaba puesta la alarma para el siguiente día y decidí dormir. Eran exactamente las 11:43 de la noche, el tiempo se me había ido volando y, sorprendida por la hora que marcaba la pantalla del móvil, me fui a dormir enseguida.

Dormía muy tranquila y comencé a soñar. En el sueño, estaba rodeada de árboles enormes, había neblina y estaba un poco oscuro; sin embargo, podía distinguir en el fondo, como a unos diez metros de mí, una enorme roca. A pesar de la soledad del lugar en el que me encontraba y el clima, no sentía nada de miedo, de hecho, me sentía muy relajada. Siempre he apreciado la belleza de la naturaleza y, en lo personal, prefiero viajar a lugares en donde pueda convivir con ella muy de cerca; por eso, el sueño me resultaba muy agradable. Caminaba hacia la enorme roca y, en el camino, tropecé ligeramente con algo que no pude distinguir lo que era a pesar de que incliné mucho mi cabeza. Tampoco llamó tanto mi atención como para darle importancia, entonces seguí caminando. De pronto, por los aires, pude apreciar el vuelo de un ave que se movilizó de forma muy rápida de un árbol a otro. Me dirigí a aquel árbol y vi que el ave descendía; pude distinguir con claridad que se trataba de un búho.

Su plumaje brillaba, era negro y plomo, con un color brillante en las puntas, pero lo que más resaltaba y me atraía era sus enormes



ojos, que se enmarcaban con un color azul cuando fijaba su mirada en mí. No sentí miedo alguno, es más, tenía ganas de tocarla y tenerla más cerca; así que extendí mi brazo derecho y el búho se posó, se aferró a mi brazo, como si estuviera en una de las ramas de mi alrededor, sin causarme el más mínimo daño o rasguño. Se quedó viéndome, como analizándome minuciosamente, como si tratara de descifrar cada rasgo y cada imperfección de mi rostro. Nuestras miradas se cruzaron y fue cuando me sentí completamente en paz; crecieron las ganas de tocar a esta hermosa ave que tenía sobre mi brazo, entonces, levanté mi mano izquierda e intenté acercarla… De repente, en fracciones de segundos, el búho extendió sus alas e, inmediatamente, se desató un miedo profundo en mí, era una clase de presentimiento que nunca antes había sentido. Sentí claramente cómo mi alma descendió de manera muy rápida hasta mis pies y enseguida mi cuerpo comenzó a amortiguarse. La boca

se me secó por completo y tenía amortiguada la lengua. Tenía enorme desesperación al no poder moverme ni abrir los ojos, pero logré entrar en razón y tranquilizarme, aunque me resultaba muy difícil tomar el control de mi propio cuerpo. Finalmente, pude abrir mis ojos y adoptar una nueva posición corporal, bueno, eso era lo que yo creía…

Cuando giré suavemente mi cabeza, me di cuenta de que la pesadilla no había terminado. Me miré, recostada, temblando y con una expresión de pánico en mi rostro. Entonces, vino a mi mente el tema del viaje astral, había leído algo sobre eso, pero no a profundidad. Sabía que se suscita cuando el cuerpo opta por una nueva dimensión, en la que el alma puede viajar por diferentes lugares, pero hay un cordón que la une a la dimensión en la que vivimos. En aquel trance, no es recomendable emprender el viaje, porque puede ser muy peligroso. Hay teorías que respaldan este fenómeno y, francamente, creo mucho de lo que se dice acerca del tema. A pesar de lo poco que sabía sobre el asunto, estaba convencida de que debía obligarme a cerrar mis ojos y volver en mí, para tomar conciencia y poder despertarme.

Cuando ya me sentía un poco consciente, pude abrirlos, pero tenía las manos heladas y sentía escalofríos. El miedo no pasaba por completo, así que me tomé unos minutos y encendí la pantalla de mi móvil, eran las 3:15 de la madrugada. Decidí cerrar mis ojos nuevamente para poder descansar, ya que en un par de horas debía levantarme.

Por fin, el sonido de la alarma atormentó mis oídos y desperté un poco asustada por la extraña sensación y experiencia que había vivido. El cielo había amanecido con un sol muy radiante, con nubes llevando el celeste que tanto me gusta, por lo que no valía la pena seguir pensando en aquel sueño, tampoco valía la pena sentir miedo. Sin embargo, les conté lo que había soñado

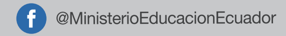
a mis padres y me dijeron que conversara con ellos con toda confianza, que estarían siempre para ayudarme, comprenderme y corregirme si fuera necesario.

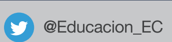
Asistí con normalidad a las prácticas, pero, por más que intentaba dejar atrás aquel sueño, no podía. Me ocupé en una tarea que me habían asignado. Cuando llegó la hora del descanso, me dirigí a la cafetería por algo de beber y me encontré con el conserje de la institución. Me senté a conversar con él acerca de lo que me había sucedido y me dijo que eso significaba que hay varias personas que me tienen envidia y sus malas energías caen sobre mí.

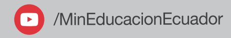
Finalmente, había culminado con mi jornada laboral y, de camino a casa, fui meditando sobre las palabras del sabio señor, entonces decidí encomendarme a Dios y, desde entonces, no me ha vuelto a pasar nada parecido.

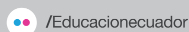


Al leer este libro sentirás una de las emociones humanas más intensas: el terror. Demonios, espíritus, fantasmas, pesadillas, casas embrujadas y la muerte pueblan sus páginas. Todas estas narraciones forman parte de "Nuestras propias historias"; te invitamos a leerlas, quizás alguna coincida con la tuya.













Dirección: Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito-Ecuador
Teléfono: 593-2-396-1300 / 1400 / 1500 **Código Postal:** 170507
www.educacion.gob.ec